

# “Prefiero la locura en la escritura”

## Un diálogo con Alina Gadea

ALONSO RABÍ DO CARMO

En ningún panorama de la narrativa peruana última puede faltar la mención a Alina Gadea, autora de varias novelas breves que exploran casi siempre dos universos: el de una intimidad perturbadora, que se manifiesta a través de personajes atrapados en sus obsesiones o en la zona oscura de su conciencia; y un contexto social abrumado por la violencia, los conflictos, la disfuncionalidad. *Otra vida para Doris Kaplan* (2009), *Obsesión* (2012), *La casa muerta* (2014) y *Destierro* (2017) se titulan las primeras cuatro novelas escritas por Alina Gadea. Más allá de sus diferencias de tema y estilo, hay un hilo en común entre todas ellas: el aliento de la concisión y el hecho de inscribirse en la poética de la *nouvelle*. El universo narrativo de Alina Gadea tiene el don de la coherencia: cada novela es un camino de exploración de la vida interior de sus personajes, un intento por vislumbrar la oscuridad emocional que los subyuga, relatos llenos de patetismo, que indagan en el trauma y la perturbación, lejos, muy lejos de la simpleza confesional.

Un recurso de uso muy frecuente en las novelas de Gadea es la introspección, que se manifiesta mediante la práctica de la focalización en la conciencia y un diestro juego con el punto de vista narrativo. Estos recursos son necesarios en la medida en que posibilitan acercarse a diversos motivos presentes en su obra: la presencia de la enfermedad y sus efectos en la conciencia y la subjetividad, la siempre difusa frontera entre la cordura y la insania, experiencias como el duelo y la pérdida, o el arrebató de los sentidos, transparentan preocupaciones compartidas con otras autoras, como la mexicana Guadalupe Nettel, la argentina Ariana Harwicz o la peruana Jennifer Thorndike, atraídas por abordar, desde distintas ideas y estilos, territorios como la enfermedad, el mal o la tensión entre la lucidez y la locura.

Un rápido recuento de la obra de Gadea nos muestra, por ejemplo, que, en *Otra vida para Doris Kaplan*, la muerte del padre es un asunto crucial, que se suma a un contexto de dolor y destrucción: el conflicto armado que padeció el Perú a partir

de 1980. Es una manera de mostrar que las costuras de lo privado dialogan con lo público, son parte de la experiencia histórica y adquieren así dimensiones de gran dramatismo. *Obsesión*, en tanto, construye un vínculo sentimental entre una paciente y su psiquiatra, un retrato cuyas bases son eminentemente contradictorias: ella encuentra el largamente deseado balance de sus emociones; sin embargo, para el médico la situación representa claramente un conflicto, un trastorno de su vida cotidiana. En *Destierro*, asistimos al umbral de una ruptura amorosa, indudable variante de la pérdida. La narración apela expreso a la fragmentación y el relato se construye a través de trazos que informan al lector de todo el cúmulo de sensaciones que se originan en un descalabro sentimental. Si hay algo que determina a sus personajes es esa especie de duelo íntimo que simboliza la ruptura.

*La casa muerta* nos instala una vez más en un intenso viaje hacia lo íntimo. Con un lenguaje aun más riguroso y económico (algo que acerca a su palabra al poder sintético de la poesía), Gadea deja a sus lectores en medio de una casa cerrada, un espacio ominoso y opresivo en el que la memoria se entremezcla con secretas fantasías, un pequeño cosmos habitado por la extrañeza, el asombro y la melancolía. *Todo, menos morir* (2020) es su libro más reciente. Sin dejar de lado los rasgos de estilo que ya apuntamos, en *Todo, menos morir* confluyen tres tramas: la primera nos relata la historia de una pareja que acude a un conocido manicomio limeño en busca de aliviar la crisis que padecen ambos, y es cuando Sandro Tosso, pareja de Emilia, conoce la historia del poeta Martín Adán, célebre paciente de aquel hospital. En segundo término, la novela explora ámbitos donde se hace posible la práctica metaliteraria y autorreferencial: en parte leemos el manuscrito de Tosso sobre Adán, puente que une sus biografías en un ardid de buena literatura. Finalmente, la narración apela a una fragmentación intensa, donde encontramos una mezcla de diversos elementos en un alarde de *collage*. Así, las citas del texto de Tosso sobre Adán comparten el espacio narrativo con la famosa anécdota del día en que se conocieron Adán y el beatnik Allen Ginsberg, con el bar Cordano y el mítico Hotel Comercio como parte de un escenario cautivante.

\*\*\*

Detrás de una escritora hay una lectora. Y detrás de ambas una historia. En el caso de Alina Gadea, la memoria traza un camino que comienza en la infancia. “Mis padres eran grandes lectores. Mi mamá, por ejemplo, tenía una formación anglosajona, muy literaria, recitaba pasajes completos de Shakespeare en inglés antiguo, versos de *Romeo y Julieta*, de *El mercader de Venecia*, de *Hamlet*, y eso me impresionó. Ese es el origen del esperpéntico personaje de *La casa muerta*. De manera que así crecí, como si todo ese lenguaje fuera mi propia piel, mi propia respiración”.

### ¿Y tu padre?

Él también, pero añadiendo la historia y la filosofía a la literatura. La poesía les encantaba. La lectura era nuestro quehacer. Recuerdo que de niña me hicieron leer *Corazón*, y lloraba a mares, pero me sentía bien llorando, era emocionante. Tenía la sensación de un desahogo, de una limpieza. Entonces leíamos mucho y conversábamos durante horas sobre las cosas que leíamos. Recuerdo también la lectura de *Platero y yo*, un libro maravilloso.

(Con visible nostalgia, Alina recuerda el inicio de *Platero y yo* y lo recita de memoria: “*Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro*”).

### Tu casa fue entonces un ambiente favorable para la lectura. ¿La escuela?

No fui buena alumna la verdad, porque no estudiaba lo que no me gustaba. Tuve de profesor de historia a Guillermo Nugent nada menos; y aunque mi padre era amigo de Basadre y conversaba con él, no me llegó a gustar tanto la historia, aunque escuchaba fascinada las explicaciones de Basadre... En la escuela mi preferencia iba por la literatura, definitivamente. Yo estudiaba en el Franco Peruano y allí descubrí y pude leer, por ejemplo, a muchos poetas franceses: Apollinaire, Verlaine, Prévert, Breton... Las grandes novelas, Balzac, Flaubert... Podría decir que de algún modo me afrancesé. Esa sería a grandes rasgos mi historia inicial como lectora.

### Luego viene la decisión de escribir. ¿Cómo surge la idea de ser escritora, más allá de esa fascinación inicial y de seguro algo inocente?

Es cierto, aunque tengo que decir que, en esa época, por ejemplo, no se le daba tanto valor o importancia al hecho de estudiar literatura, más bien muchos creían que era una opción para no hacer nada (risas). Había muchos prejuicios y miedos alrededor de eso. En fin, creo que esa conversión ha sido un largo proceso; en un comienzo nunca creí que fuera capaz de escribir nada... Una vez leí que Françoise Sagan había escrito una novela a los 18 años y eso me parecía increíble, inalcanzable. El solo hecho de saber que había personas que escribían libros era algo intimidante para mí. De pronto me di cuenta de que yo llegaba siempre tarde a las cosas y a mediados de mis treinta años comencé a ir a talleres de escritura, los de Alonso Cueto en especial. Esa experiencia fue fundamental para mí, me hizo mucho bien. Luego ingresé a la Escuela de Escritura Creativa y es ahí donde recién tengo conciencia de que puedo escribir.

### En pocas palabras, la experiencia del taller es lo que te impulsa a ser escritora.

Tendría que decirlo de esa forma. De esos talleres sale “La casa muerta”, precisamente. Todo ese año llevé obsesivamente el cuento en mi cabeza, vivía con esa historia a tiempo completo. Tenía tres hijos, recién me había divorciado y ese cuento ocupó un lugar central en mi vida. Es más, pensaba en esa historia y en esos personajes como si fueran algo real, era como tener una realidad paralela.

Es curioso. Ese inicio en la escritura se vincula con el cuento, pero casi la totalidad de tu obra se ha decantado, más bien, por la novela corta.

Es verdad. Pasa que en los talleres se trabajaba mucho el cuento, por obvias razones de tiempo y espacio. Y, como te comentaba, conviví mucho tiempo con “La casa muerta”. Un día un amigo me anima a enviarlo a un concurso y claro, lo envié, sin mayor convicción. Pasaron unos meses y un día me llaman de Petroperú para decirme que había ganado el tercer puesto en el premio Copé. Eso le dio a mi vida un rumbo completamente diferente. Ya tenía cerca de cuarenta años. A partir de eso comencé a explorar más intensamente mis posibilidades, mi lenguaje, y así fui llegando a la novela breve.

**Tus materiales fueron siempre los mismos, ¿verdad? Una mezcla de preocupaciones íntimas y de observaciones del entorno, del mundo que te rodea.**

Sí, efectivamente. Parte de esa exploración era ver en mi interior, conocer de cerca las perturbaciones que me habitaban y, al mismo tiempo, mirar hacia afuera, observar con detalle a los demás, sus conductas, sus secretos, sus afectos. Uno de esos ingredientes venía de la mano con mi memoria de los años 80, los años del terrorismo y la violencia que tanto nos costaron. De ahí surge *Otra vida para Doris Kaplan*, una exploración inicial, porque allí rebaso de manera consciente los límites del cuento.

**Una marca de tu estilo es que esos viajes hacia la intimidad, esas miradas a tu interior se enlazan siempre a un contexto en el que la experiencia social aparece de una forma o de otra. ¿Hay un ánimo autobiográfico no declarado?**

Diría en todo caso que se trata de fragmentos, trozos de vida que pasan y se decantan por varios filtros, desde el lenguaje hasta la construcción de una trama y las necesidades que surgen de eso. Intento que esos fragmentos sean vistos desde diferentes ángulos. La materia prima, como dices, puede ser lo vivido y lo observado, pero eso se transforma, se convierte en una materia más autónoma y comienza a tomar su propio rumbo, un rumbo que finalmente es distinto de la experiencia propia o real.

**En esos tiempos de afirmación de tu vocación, ¿cuáles eran tus lecturas?**

En realidad, leía todo lo que podía, era una especie de lectora omnívora. Ponía especial atención en algunas lecturas que se recomendaban en los talleres. Realmente mi apasionamiento fue desmedido, una locura (risas). Me fascinaba José Donoso, *El obscuro pájaro de la noche*, *El jardín de al lado*, entre otras. Me gustaban esas atmósferas y me sentía identificada con sus temas, esa insistencia en la oscuridad, la perversidad, el universo de la enfermedad; a la vez, el mundo social que aparece en sus novelas. En esos años descubro también a Faulkner, un repertorio técnico muy interesante. Los saltos de tiempo, los monólogos, en fin, un autor lleno de lecciones para cualquier narrador. Los temas de Faulkner, ese mundo terrible lleno de racismo y de miseria me cautivó.

**¿Y tus lecturas peruanas de esa época por dónde iban?**

Curiosamente a mí me ha gustado siempre y mucho la poesía peruana, comenzando por Vallejo, ¿no? Me pareció increíble en su momento Javier Heraud, César Calvo, por supuesto, Martín

Adán, Juan Gonzalo Rose. Es una gran tradición. Me he sentido siempre libre y agradecida como lectora, por tener la posibilidad de vivir en relación con las palabras.

**Los autores que acabas de nombrar son todos poetas. ¿La lectura de poesía ocupa un lugar especial en tu quehacer como lectora?**

Aunque parezca contradictorio, leo más poesía que narrativa. La poesía de Adán, Moro, Oquendo de Amat, César Calvo, Juan Gonzalo Rose, Javier Heraud o Luis Hernández, entre otros extraordinarios poetas, se puede leer infinitas veces porque la poesía crea la posibilidad de una existencia mejor y siempre tiene algo para seguir siendo escuchada. "Poesía no dice nada, poesía se está callada escuchando su propia voz", decía Adán. ¿Quién no sucumbe ante esto? No escribo poesía, pero intento escribir mis narraciones salpicadas de cierta poesía. Eso es lo que más me gusta de escribir, la gran libertad que se siente al hacerlo.

**¿Actualmente qué autores peruanos te interesan más?**

La narrativa y la poesía peruanas me parecen, en general, tocadas por la mano de Dios. No en vano el Perú ha dado a Arguedas y a Vallejo por mencionar a dos pilares de América Latina y del mundo. Creo que nuestra variedad, complejidad y conflicto permanente como sociedad es la tierra fértil para escribir. Porque escribir es finalmente tratar de poner en orden el caos de la realidad y también el que llevamos dentro. Tenemos material para rato. Me gusta leer todo lo que escribe Alonso Cueto. Él es mi maestro y le debo la mayor parte de lo que leo y escribo. Tenemos además autores contemporáneos que nos siguen dando relevancia a nivel Latinoamérica y que es una tradición desde la época del *boom*. Escritores de canteras distintas, desde la interioridad de José Carlos Yrigoyen hasta el mundo claustrofóbico de Jennifer Thorndike, pasando por el lenguaje único del maestro [Augusto] Higa y la Lima imposible descrita por [Giovanni] Anticon.

**Mencionas pocas mujeres.**

Me gusta mucho Marguerite Duras. Ella rompe y contraviene todo, es una escritora sumamente osada que ha pasado por encima de cualquier convención, que ha dinamitado el conservadurismo. Me interesa mucho ella. En la vida hay tantas reglas que seguir, es cierto, porque si no todo sería un caos, pero el caos de la ficción, esas ficciones que sacan a flote lo más oscuro de nosotros. Eso es lo que me cautivó siempre de Duras. Incluso diría que me pareció más atractiva su lectura que la de Simone de Beauvoir. Y quisiera decir que me gusta mucho Jennifer Thorndike, a quien ya mencioné. Ella tiene una obra que se mueve también en el universo donosiano, sus materiales trabajan la intención transgresora y eso me atrae. Prefiero la locura en la escritura.

**Se habla mucho de un auge de la literatura escrita por mujeres en América Latina. Es cierto que en los últimos veinte o treinta años han aparecido en toda la región narradoras de gran interés. Muchas de esas obras aparecen marcadas por distintas temáticas, que van del fantástico a lo grotesco, del horror a un cuestionamiento de los límites de la normalidad. ¿Qué ves tú aquí?**

No sé si es un *boom* lo que ocurre con la literatura de las mujeres, que tampoco creo que se puede llamar "literatura femenina". Es como hablar de música femenina. No tiene sentido.

Es literatura y punto. Pero sé que cada vez las mujeres escriben con más convicción y eso se refleja no solo en la narrativa sino también en la poesía. Lo fantástico, lo grotesco, la enfermedad, la represión de las dictaduras, la atmósfera enrarecida son partes de un conflicto que nos envuelve y por ello son tendencia en lo que escribimos las mujeres, porque, como decíamos antes, es un intento de hacer eros del tánatos. Lo que nos perturba y aflige de la realidad, lo que nos duele es el combustible para escribir. Gran parte de esa literatura es una exploración que deriva en catarsis.

**Justamente una de las virtudes del arte, incluida la literatura, es su capacidad de hacernos ver más allá de lo cotidiano, nos permite abrir nuestros sentidos a otras dimensiones de la experiencia, abrir la caja en la que yacen nuestros secretos más recónditos.**

Y son tantos y tan distintos los mundos que uno puede conocer a través de la ficción... Es inacabable. Tengo una conexión muy fuerte también con autores japoneses, como Kawabata, por ejemplo, que, siendo a veces trágico u oscuro, no deja de ser refinadísimo, un balance muy delicado entre el eros y el tánatos. Y no quiero olvidar a Mishima.

**En líneas generales, ¿cuál es el proceso de tu escritura? ¿Hay un detonante para tu escritura? ¿Cómo aparece un tema?**

Es un misterio. Yo he sido muy fiel a mis percepciones, a todo aquello que me perturba. Me dejo llevar por un apasionamiento, trato de seguir una inquietud, como el tema de Martín Adán, que apareció sin que me propusiera nada. Esa aparición es como una chispa. Mi proceso creativo es extraño y largo: no me fijo metas ni estoy en carrera con nadie, lo más importante es la libertad de inventar o reinventar algo. La idea de escribir *Todo, menos morir* surgió de una visita al hospital donde había estado Adán. Yo estaba ahí por otro motivo, pero sentí un llamado y eso me hizo recordar muchas cosas del personaje y me invitó a pensar en muchos temas que lo rodean. Cuando escribí *Obsesión*, tenía la idea de plantear una crítica al conservadurismo limeño, a su doble moral. De alguna forma se puede establecer un vínculo entre cada novela que he escrito y las impresiones, los recuerdos, las sensaciones que me asaltan y que me sirven para explicarme la realidad.

**¿Dirías que la escritura tendría un sentido terapéutico para ti?**

Más que aliviarme, la literatura pone en orden ese disparate que se llama existencia. Es tal la cantidad de contradicciones, absurdos y cosas incomprensibles que nos rodean, que la ficción de alguna manera propone un sentido, una dirección. En esos términos, sí, puede haber un alivio. Si las palabras llegan a convertirse en luz, creo que se logra ese efecto.

**¿Corriges demasiado, tienes una obsesión con eso?**

Suelo escribir historias de cien páginas en promedio. Las mismas que reescribo una y otra vez. Hago varias versiones, corrijo, añado y elimino cosas obsesivamente hasta que el propio el texto me da una señal y me dice: "Ya estoy listo". Es un proceso racional, pero a la vez intuitivo.

Hace un momento mencionaste brevemente a Martín Adán y quisiera volver a él. Es una presencia que atraviesa tu novela *Todo, menos morir*. ¿Cómo conoces o llegas a Martín Adán?

Martín Adán aparece en mi vida cuando yo tenía diez años. Íbamos en el viejo Chevrolet de mis padres por la avenida Larco. A la altura de la librería Studium (en esa época estaba ubicada casi llegando a la esquina de Benavides), desde el asiento de atrás vi un hombre que caminaba por la vereda, en pleno mes de febrero, vestido con abrigo grueso y negro abrochado con un imperdible antiguo de los que se usaban para cerrar los pañales de tela. Un sombrero de fieltro y una bufanda de lana.

**Una figura sin duda excéntrica...**

...y esa figura tan excéntrica me impactó. El calor era fuerte y él parecía tener mucho frío. En ese momento mi papá, que estaba en el asiento del copiloto, se bajó del carro y fue a darle el encuentro. Le pregunté a mi mamá que quién era, que por qué mi papá se quedaba caminando con ese señor, a lo que ella me contestó: "Es el poeta Martín Adán y a tu papá y a mí nos gusta mucho su libro *La casa de cartón*". Un tiempo después entré a la librería La Familia de la Diagonal y compré la edición de Peisa. A partir de allí vengo leyendo ese libro, descubriendo siempre uno nuevo cada vez. Tengo también una edición muy antigua, quizás la primera, regalo de nuestro querido amigo Andrés Piñeiro y la bella edición de nuestra también querida poeta y editora Cecilia Podestá. Una joya, por cierto, con las pinturas del gran Kike Polanco.

**¿Qué impresión inicial te dejó?**

Lo que sentí al leerlo fue un deslumbramiento ante algo totalmente distinto, una historia única hecha de imágenes como postales de lo que es la adolescencia, esa mirada intimista y a veces desgarrada, la imagen de Barranco, el mar y las sensaciones propias del despertar a la vida que creo que todos guardamos al interior. Desde la primera frase... "Ya ha principiado el invierno en Barranco, raro invierno, lelo y frágil"... uno se siente atrapado en esa atmósfera de música y misterio.

**Ya en la adultez, aparece una decisión trascendente: escribir una novela en la que aparece Martín Adán. Me refiero a *Todo, menos morir*, el último libro que nos has entregado. ¿Cómo llegaste a ese punto del camino?**

Se fue forjando en mí la idea de escribir una historia que tuviera que ver con él porque varios demonios míos se aproximan a él. Quería explorar la orfandad, la contravención a lo establecido, la marginalidad frente al conservadurismo de una casta y una sociedad, lo demencial de la adicción, y el tema del erotismo y las represiones de la sexualidad. Una de las cosas que fueron dando forma a la historia es una visita que realicé al hospital Víctor Larco Herrera, en donde un psiquiatra me pregunta a qué me dedico y al contestarle que "soy de esas personas que escriben", me dice que lo siga por un pasillo por el que llegamos a la habitación donde vivió por años Martín Adán. Como podrás suponer, el recuerdo que conservaba de mi niñez y este reencuentro con los pasos de Adán en un manicomio hicieron combustión.

Quisiera que me permitas por un momento entrar a un terreno más personal. Estudiaste derecho, eres abogada, pero tu vida se define por el hecho de ser escritora. ¿Cómo asumes esta situación?

Jamás quise ser abogada, pero por terquedad me recibí en la Universidad Católica. Se siente bien haber estudiado una carrera tan importante y se siente mejor no ejercerla. En realidad, lo que siempre quise fue leer. Soy escritora por vocación, ese es mi oficio, no el de abogada. Algunos consideraban que leer era un pretexto para llevar una vida de ocio y quizás tenían razón en términos prácticos, pero en sentido existencial leer es siempre la posibilidad de vivir más vidas.

Finalmente, después de *Todo, menos morir*, ¿qué proyectos vienen?

A partir de la pandemia he venido recopilando un poco de todo. Apuntes, ideas, borradores. Me interesa mucho la idea de las “cárceles personales”, las cuarentenas internas, el sentido del encierro y el de la libertad, sus vínculos contradictorios: eres libre, pero estás encerrado. De ahí debe salir un impulso para un nuevo proyecto. No sé cuándo, pero ya llegará el día.